

# **ZONA DE TINIEBLAS**

**(PEDRO URIS, 1994)**

Aunque el hombre con el que se cruzó en aquel sucio corredor ni siquiera le miró, Diego no pudo dejar de sentir un profundo escalofrío cuando su figura se perdió tras una de las esquinas, pues sabía que con él desaparecía para siempre el mundo real.

En uno de los extremos de ese corredor se encontraba el apartamento que había alquilado. Un espacio anónimo que estaba completamente vacío, aunque esto para Diego carecía de importancia porque él ya no necesitaba nada. Ni siquiera esa breve luz del atardecer que se colaba esquiva a través de las rendijas de la persiana. Nada.

No era posible establecer, ni Diego podía hacerlo ni nosotros tampoco, cuando había comenzado todo, pues al principio debió tratarse de una fracción de segundo difícil de medir e imposible de sentir, y aunque posteriormente Diego había tratado de establecer el ritmo de los sucesos, con la esperanza de calcular así la fecha de inicio y buscar en las circunstancias de entonces las causas de aquella pesadilla, esta cadencia parecía someterse únicamente a las imposibles leyes del azar.

La primera ocasión de la que tenía conciencia se situaba muchos meses atrás, una mañana en la que al despertar no reconoció el paisaje que el amanecer comenzaba a dibujar a través de la ventana y, durante unos instantes, llegó a sentir miedo de encender la lamparilla que había sobre la mesilla de noche, temeroso de no reconocer tampoco la habitación en la que había dormido, temeroso de encontrarse con un rostro extraño a su lado. El no estaba allí. Sin embargo, cuando su esposa, como todas las mañanas, le animó a levantarse, Diego comprobó que ese rostro le resultaba tan familiar como las figurillas de alabastro que había sobre la cómoda, o como la ropa de hombre que se amontonaba sobre la silla que se encontraba a los pies de la cama. Tan familiar como la mancha de humedad que había en uno de los rincones del techo, o como la finca gris que el amanecer continuaba dibujando lentamente en su ventana. Diego apenas concedió importancia a esta momentánea pérdida de conciencia y antes de salir de casa

ya la había olvidado, y sin duda lo hubiera hecho para siempre si varios días más tarde no hubiera despertado en la madrugada, agitado por un irresistible amor a una muchacha cuyo rostro no era capaz de concretar. Con los ojos abiertos, perdido de nuevo en la oscuridad de su propia habitación, Diego se preguntó por primera vez cuál era el lugar en que se encontraba. ¿Dónde estaba aquella mujer que le estaba desgarrando el corazón? ¿Dónde?

Pero no fue hasta la tercera ocasión cuando Diego empezó a intuir lo que le estaba sucediendo. Aquella mañana, cuando sonó el despertador y abrió los ojos, no tuvo dificultad alguna para reconocer el paisaje que despertaba tras la ventana. Ni las siluetas de los objetos que se adivinaban entre las sombras de su habitación, ni la mano de su esposa que descansaba a escasos centímetros de su cuerpo, le resultaron extraños. Todo era como había sido durante muchas mañanas de su vida y, sin embargo, había algo en su cerebro que no encajaba en el mundo real que le rodeaba.

Diego sentía la presencia de su padre, incluso podía oírlo toser en la habitación del fondo del pasillo, y sólo deseaba levantarse y acudir a su lado para prestarle la atención y el cariño que en otro tiempo le había negado. Llegó incluso a caminar unos pasos antes de recordar que su padre había muerto, hacía más de diez años, en aquella misma habitación situada en el otro extremo de la casa a la que ahora se dirigía.

Sin saber si temblaba de frío o de miedo, Diego volvió a la cama. Esa noche había soñado con su padre, le había acompañado por los caminos que debieron haber recorrido juntos en vida y había tratado de disuadirle de su empeño por morir. Aún les quedaban muchos espacios por conocer. Entonces su padre le había mirado con la infinita tristeza de la muerte y Diego había creído ver en sus ojos el reproche por todos esos caminos que nunca recorrieron juntos en vida y que ahora debían explorar desde el terreno incierto de los sueños.

Sólo es un sueño, se dijo Diego, sinceramente asustado ante la posibilidad de que la presencia de su padre regresara otra vez a su cerebro despierto y le impulsara de nuevo hacia la habitación vacía que se encontraba en el otro extremo de la casa.

Esa mañana, a pesar de la insistencia de su esposa, no acudió al trabajo. Tenía que saber lo que le estaba sucediendo. ¿Por qué el mundo irreal de sus sueños nocturnos se prolongaba durante unos instantes cuando despertaba? ¿Por qué invadía el espacio reservado a la vida real? Unas preguntas para las que no pudo encontrar respuesta. Ni lo hizo entonces, ni lo haría nunca.

Días más tarde, Diego comprendería el rasgo más terrible de sus alucinaciones. Al tratar de levantarse de la cama, sus pies pisaron un pavimento frío que no se correspondía con la moqueta que cubría el suelo de su hogar y permaneció durante unos minutos desorientado en un laberinto de callejuelas, buscando inútilmente una salida, sintiendo como a cada paso que daba una cortina de oscuridad caía a sus espaldas. Cuando pudo librarse de esta pesadilla y regresó a su hogar, se dio cuenta de que aquella vez su paseo diurno por el mundo de los sueños había durado más tiempo que la anterior, y que ésta, a su vez, había sido más prolongada que la que le había precedido.

En su búsqueda desesperada de respuestas, Diego sólo pudo hallar dos certezas, cada vez le sucedía con mayor frecuencia y en cada nueva ocasión los efectos eran más prolongados, y con ellas construyó una sola verdad a la que aferrarse: existía un final, un punto a partir del cual no podía ir más allá. El momento en que sucediera siempre y durara para siempre.

El psicólogo que visitó el día siguiente le atendió en silencio, tratando de descubrir en sus palabras la respuesta a una pregunta que encerraba en sí misma una contradicción. ¿Era real la alucinación que aquel hombre decía sufrir o toda aquella historia era ella misma fruto de su imaginación? En otras palabras, ¿era aquel hombre

presa durante su vigilia de las sensaciones de sus sueños, o bien, simplemente era incapaz de distinguir la realidad de la imaginación y se deslizaba progresivamente hacia formas de locura conocidas por los hombres? Una pregunta que quedó flotando para siempre en el aire de aquella habitación, pues Diego, consciente de que la ayuda que necesitaba no podía venir de los hombres del mundo real, no volvió a visitarle nunca más.

Decidió entonces que debía aprender a vivir con sus sueños. Para ello trasladó su dormitorio al extremo más alejado de la casa y comunicó a su familia que, a partir de entonces, dormiría solo. De este modo, al despertar podría seguir viviendo por unos minutos la realidad que le había asaltado durante la noche. Allí conoció la alegría y el dolor, la nostalgia y el remordimiento, sintió los colores de la felicidad y descendió por las simas negras del terror, vivió amores apasionados y cometió pecados horribles, ascendió al cielo de los sentimientos y se revolcó en el infierno de las pasiones, se vio a sí mismo como el héroe de edificantes historias y como el villano de sórdidos melodramas, recuperó los momentos felices y los instantes tristes del pasado, vivió igualmente felicidades y tristezas que nunca habían sucedido, dibujó de nuevo los rostros del mundo real a la luz de las falsas miradas que anidaban desde siempre en el fondo de su cerebro.

Fue durante esas noches oscuras de su alma, cuando Diego comprendió cuál era la frontera fundamental que separaba a estos dos mundos. No se trataba de que, en el territorio de los sueños, palabras como espacio y tiempo carecieran de sentido, o que conceptos tan rotundos como la vida y la muerte mostraran allí una sorprendente debilidad, o que el universo de sus sentimientos se revelara igualmente impreciso y ambiguo. A pesar de su importancia, estas diferencias no alteraban el orden lógico de

las cosas, no suponían ningún ataque para la continuidad que caracteriza al mundo real y permanecían por lo tanto dentro de los límites de la conciencia humana.

La quiebra decisiva se producía precisamente en la desaparición de ese orden lógico que definía al mundo real y que permitía relacionar los hechos del pasado con los del presente, que permitía, incluso, aventurar algunos aspectos del futuro. Un orden que aseguraba la continuidad de los sentimientos y que, por lo tanto, proporcionaba una conciencia estable, ya fuera habitando los dominios del bien, surcando las ciénagas del mal, o efectuando precarios equilibrios sobre la frágil línea que separa ambos conceptos.

Un orden.

Pero el mundo en el que progresivamente se iba adentrando no conocía más ley que el desorden y eso es lo que le resultaba más insopportable. No es posible, se decía Diego, tender la mano al prójimo un día y reír su desgracia al siguiente, no es posible llorar hoy sobre el lecho de muerte de un amigo y escupir sobre su tumba mañana, no es posible enamorarse cada día de un rostro diferente, no es posible odiar hoy a los que amarás mañana. No es posible recorrer eternamente unos espacios que resultan conocidos, pero que son imposibles de recordar.

Diego creyó que jamás se acostumbraría a ello, sin sospechar que lo que terminaría resultándole insopportable sería precisamente esa conciencia lógica con la que había vivido hasta entonces.

Poco a poco, conforme el sentimiento generado en sus sueños ocupaba parcelas de tiempo que no le pertenecían, la vida cotidiana de Diego se convirtió en un ejercicio de supervivencia de complicada resolución. Sus llantos y sus risas, sus alegrías y sus tristezas, no se correspondían con lo que en esos momentos sucedía en el mundo que había a su alrededor. Esos sentimientos pertenecían al terreno oscuro de sus noches, un lugar en el que los muertos podían estar vivos y los vivos estar muertos, un territorio en

el que no existían las distancias y donde las personas cambiaban de rostro con inquietante facilidad. Un espacio imposible de habitar a la luz del día, un espacio imposible de soportar desde la perspectiva estable de los sentimientos humanos.

De este modo, poco a poco, se le fueron cerrando las puertas de su mundo, y Diego recorrió, de la mano de amigos y familiares, un largo camino de clínicas, doctores y drogas que dejaron maltrecho su cuerpo, pero que se revelaron incapaces de frenar su lento descenso hacia el infierno incontrolado de las sensaciones, las formas y los colores.

Finalmente, cuando el tiempo de los sueños superó los límites tolerados por los hombres, Diego fue recluido en un centro psiquiátrico y puesto bajo la custodia de un grupo de médicos que vieron en su caso una ocasión única para explorar hipotéticos espacios de influencia humana en el mundo invisible de los sueños.

Incapaz igualmente de encontrar acomodo en el mundo de la locura, un mundo que todavía resultaba demasiado lógico para él, Diego esperó pacientemente la noche en que sus sueños le infundieran el valor necesario para procurar su fuga al día siguiente. La noche que se viera sobresaltado por un relámpago que, al amanecer, le hiciera invencible a los hombres.

Cuando esa noche sucedió y se vio al fin libre de los muros de aquel sanatorio, Diego buscó instintivamente la anónima protección que le ofrecían las entrañas profundas de la gran ciudad. Cambiaba frecuentemente de domicilio y jamás volvía sobre sus pasos. Nunca recorría dos veces la misma acera y nunca exploraba dos veces los ojos de la misma persona.

Durante días, tal vez durante meses, Diego vivió confundido con los alcohólicos, los vagabundos, los parias y los lunáticos. Procuró el mimetismo con los falsos profetas

que habitan las calles de las ciudades, y desarrolló un instinto que le permitía alejarse de la gente en aquellos momentos en que su conducta hubiera llamado demasiado la atención y hubiera podido devolverle a las mazmorras de la realidad.

Las mañanas que despertaba aterrorizado viviendo pesadillas imposibles de describir, las mañanas que lloraba amargamente a los seres queridos que ya no estaban, las mañanas que debía purgar los atroces crímenes cometidos durante las noches, las mañanas que... Esas mañanas de horror y dolor buscaba refugio en los estercoleros y en los sótanos deshabitados, y arrastraba su miedo junto a las ratas y las alimañas de la noche que le acechaban desde escondrijos todavía más profundos.

Por el contrario, las mañanas que despertaba invadido de amor, buscaba la luz del día, convencido de que era posible caminar sobre el viento, y buscaba desesperadamente entre los rostros del mundo real a esa mujer que le había hechizado durante sus sueños. Fue este loco afán de conectar los dos mundos en que aún habitaba, este intento de encontrar un pasadizo entre ambos, lo que precipitó definitivamente su destino.

Sucedió un amanecer de lluvia y de frío, un amanecer desolado en el que las gentes debían protegerse durante unos instantes en esquinas y portales antes de atreverse a recorrer fugazmente breves espacios de acera. Ese amanecer, Diego creyó, sin embargo, ver en el firmamento un cielo luminoso y caminó indolente bajo la lluvia, insensible al frío, sin importarle las miradas piadosas y burlonas que le dirigían desde sus refugios los hombres y las mujeres del otro lado, pues como sucediera tantas otras mañanas que había despertado envuelto de amor, Diego había salido en busca de esa mujer que le abrasaba el corazón.

Al cabo de varias horas, cuando su cuerpo ya comenzaba a sentir un cansancio que le era extraño, pues ese concepto no existía en el mundo de los sueños que todavía

alimentaba su cerebro, Diego creyó reconocer en el rostro de una joven que se protegía de la lluvia bajo el leve voladizo de un comercio, los rasgos precisos de la mujer que esa noche le había arrastrado durante sus sueños por efímeros caminos de amor y felicidad.

¿En cuál de los dos mundos habitaba ese rostro de mujer?

Diego se acercó a ella con la mano tendida, invitándola a suspenderse junto a él y para siempre en el viento impredecible de los sentimientos, pero cuando estuvo a tan sólo unos pasos, la mujer se volvió y le miró sin poder evitar un gesto de terror.

Asustada ante aquella figura cubierta de harapos que avanzaba vacilante bajo la lluvia torrencial y mostraba en sus ojos el inequívoco extravío de la locura, la mujer retrocedió hacia el interior del pequeño comercio que tenía a sus espaldas y dejó escapar un grito de miedo que golpeó cruelmente el corazón de Diego y le hizo permanecer unos segundos inmóvil, sintiendo como el suelo se abría bajo sus pies y excavaba una grieta profunda entre sus dos mundos.

Incapaz de soportar el rechazo de la mujer que amaba, profundamente desorientado por la excepcional constancia física de unos hechos que hasta entonces sólo sucedían en su cerebro, herido de muerte el equilibrio que había intentado mantener entre la realidad y la fantasía, Diego comprendió que allí ya no quedaba ningún lugar para él y debía, por tanto, buscar un refugio donde esperar el instante en que el círculo concluyera su línea y pudiera por fin saber si su vida quedaba dentro o fuera de sus límites.

Ahora, en la soledad de ese apartamento que había alquilado, apenas esos rayos de luz agonizante que se colaban por las rendijas de la persiana y dibujaban en las paredes desnudas las últimas figuras del atardecer, podían recordarle la existencia del mundo exterior.

Diego se despojó del abrigo y cubrió cuidadosamente la ventana, hasta conseguir que las tinieblas más profundas se abatieran sobre aquel recinto vacío. Entonces se sentó en el suelo a esperar. Tal vez fuera esa noche o tal vez fuera la siguiente. O quizás sucediera una noche del mes próximo. No podía precisar cuándo, pero sabía que ese momento llegaría. El momento en que su sueño perdurara durante toda su vigilia y no cesara hasta que un nuevo sueño ocupara su lugar. El momento en que sólo encadenara sueños en su conciencia. El momento en que traspasara definitivamente esa puerta que se le había anunciado desde hacía tanto tiempo, la puerta del desorden, la puerta de las tinieblas.

Sólo quedaba para él una pregunta sin respuesta, ¿se mantendría entonces el significado de esos dos conceptos? ¿Seguiría existiendo un orden y un desorden o, por el contrario, la permanencia indefinida en el desorden terminaría creando un orden nuevo y desconocido?

¿Existiría, finalmente, una luz que iluminara, aunque sólo fuera con sombras, la profunda oscuridad de esas tinieblas a las que ahora se entregaba?